

**EL DIÁCONO: ORDENADO PARA LA PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA,
LA LITURGIA Y LA CARIDAD**

Diácono Albert M. Dacanay
Director Nacional del A.M.-Canadá,

(Gdynia, Polonia, 27 de junio de 2007)

Si tomara las alas de la aurora y fuera a habitar en los confines del mar, también allí me llevaría tu mano y me sostendría tu derecha. Salmo 139, 9

Durante los últimos quince años de mi labor con el Ministerio Pastoral del Puerto, he presenciado los numerosos cambios que han tenido lugar. La Modernización de la Industria del Transporte Marítimo, las Cuestiones de Seguridad, el Desarrollo Tecnológico, Económico y Social y muchos otros que han influido en nuestra forma de proporcionar asistencia y acogida, pero sobre todo nuestra manera de ofrecer cuidado pastoral a la gente del Mar. Pero cuantas más barreras, restricciones y limitaciones existan en el ministerio, con el tiempo, se exigirá que nuestros agentes pastorales incrementen y potencien su calidad y competencia.

Todos nosotros sabemos que para poder ganarse la vida, los marinos que vienen y visitan nuestros Puertos, han optado por sacrificar el estar con sus familias o con aquellos que aman. La mayor parte de estos marinos, conducidos por la soledad y el aburrimiento, sienten la necesidad de una atmósfera acogedora, un cambio de escena, el estímulo y la dirección espiritual de aquellos que se encuentran en el Puerto.

La mayor parte de los marinos recuperan su vigor físico antes de volver a partir, y gracias a esto lograrán sobrevivir a otro viaje... pero no todos hallan consuelo y energía mientras intentan encontrar cierta apariencia de afirmación en las cosas por las que viven – y me he dado cuenta que esto es lo que nosotros intentamos aportar como Capellanes, y más aún como Diáconos de este ministerio pastoral. Como Diáconos estamos llamados a ser verdaderos servidores que atienden, - alguien que escucha, - alguien que está comprometido. Alguien que es visiblemente, tangiblemente y manifiestamente imagen viva de Dios.

En esta ponencia deseo compartir con ustedes fragmentos de mi viaje personal con Dios – un viaje que narra mi respuesta a la llamada de Dios a ser Diácono Permanente, un viaje sobre mi respuesta a la llamada al Ministerio Pastoral del Puerto, un viaje que atestigua la fidelidad eterna, la misericordia y el amor de Dios, y un viaje que espero pueda aportar iluminación espiritual a los marinos y a todos aquellos que están comprometidos con este ministerio pastoral marítimo.

No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Juan 15, 16

Cuando Delia y yo decidimos emigrar a Canadá, rezamos mucho para discernir si ésta era la decisión adecuada. Pero, apenas diez días después de que presentáramos nuestra documentación, nos confirmaron que habían aprobado nuestra solicitud para convertirnos en Residentes Permanentes en Canadá. Poco a poco, el miedo y la ansiedad comenzaron a crecer sigilosamente en

nosotros. Al no tener familia, ni parientes, ni amigos en Canadá, nos fue muy difícil imaginar cómo sería nuestra vida lejos de nuestra patria.

Cuando llegamos a Canadá conseguimos alquilar una casa unifamiliar que pertenecía a una pareja filipina. Dos semanas después de haber conocido a esta pareja, el marido me entregó una carpeta que contenía un formulario de solicitud, así como el material del Programa para el Diaconado. El marido dijo: “Pedí un formulario de inscripción pensando que ésta fuese mi vocación, pero después de haberte conocido he comprendido que este formulario no es para mí, es para ti”. Francamente no sabía en lo que me estaba metiendo, pero después de mucho rezar presenté la solicitud.

Llevaba menos de un año residiendo en Canadá, y allí estaba, comprometiéndome con el proceso de formación del Programa para el Diaconado. Mientras me adaptaba a la cultura, al clima y al idioma, estaba aprendiendo en el programa a mostrar sensibilidad hacia los sentimientos de las personas y toda una gama de habilidades para poder escuchar. Estaba aprendiendo más sobre la fe católica, las escrituras, así como mi relación personal con Dios. Y no fue una transición nada fácil...

Pero él me dijo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza”. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. 2 Corintios 12, 9

Mientras cursaba el cuarto año de formación en el Seminario *St. Augustine*, el Ordinario local me pidió que examinara la posibilidad de comprometerme con el Ministerio Pastoral del Puerto, puesto que existía la urgente necesidad de contar con una presencia católica “filipina” en el Puerto de Toronto. Comencé preguntándome a mí mismo: “¿es ahí dónde el Señor me está llevando?”. Siempre había pensado que llevaría a cabo mi ministerio pastoral entre los ancianos, o quizás en el hospital, donde pensaba que mis dones y capacidades serían empleados adecuadamente. Hay muchas cosas que desconozco del Ministerio Pastoral del Puerto, y no estoy seguro de lo que voy a hacer allí. Además, trabajaré con sacerdotes de otra Fe cristiana, y no se si me voy a sentir a gusto haciéndolo. Pero acepté el encargo, en buena fe, y me puse inmediatamente en contacto con el Capellán anglicano para ver si podía trabajar con él en el Puerto local.

Recibí una calurosa bienvenida, e inmediatamente me encargaron gestionar el Club de Marineros los lunes por la tarde. Al principio pensé que era maravilloso que me hubieran asignado esa tarde, puesto que así podría disponer del resto de la semana para mis otros proyectos. Pero entonces resultó que la llegada de los barcos es tan irregular... y desde el momento que empecé, parecía que los barcos prefiriesen llegar de martes a viernes, y zarpar los domingos. De hecho, esta situación no me permitía tener un encuentro con los marinos.

Y fue entonces cuando, un lunes por la noche, un hombre de nacionalidad ucraniana, muy alto y llamado Boris, entró en la Casa de la Misión junto a otros marinos. Boris explicó que hacía cinco meses que había dejado a su familia para poder mantenerla económicamente. Además, hacía cinco meses que le había nacido un hijo... al que todavía no conocía. Nunca he visto a un hombre tan afligido. Estaba tan necesitado de alguien que le escuchara... de alguien que le asegurara que estaría bien y que no estaba solo con sus luchas interiores. Mantuvimos, durante casi una hora, una conversación maravillosa. Antes de partir, me agradeció el tiempo y las palabras de consuelo que le había dedicado. Me pidió que rezara por él y por su familia.

En otra ocasión, un marino llamado Antonio me dijo que había estado embarcado los últimos tres años... Echaba mucho de menos a su familia, pero no podía regresar porque no había cobrado su sueldo en los últimos seis meses. Me explicó que su familia estaba muy enfadada y pensaban que estaba mintiendo. Me pidió que me pusiera en contacto con su familia para explicarles el por qué del retraso de la remesa, el motivo por el que no podía recoger su dinero del agente marítimo. Conseguí ponerme en contacto con el agente marítimo, y después de haber explicado la situación del marino, el agente le pagó inmediatamente todo el sueldo pendiente. El marino daba saltos de alegría y llamó inmediatamente a su familia para contarles las buenas noticias... hablé con su esposa, la cual siguió agradeciéndome toda la ayuda que le había brindado.

Yo mismo me sorprendí al ver como ese pequeño servicio tuvo un tremendo impacto en las vidas de la familia de Antonio.

En otra ocasión, me encontré con un marino que parecía estar muy desesperado. Y cuando me acerqué a él, se encogió sobre sí mismo y se echó a llorar – me dijo que justo ahora acababa de recibir la noticia de la muerte de su hermano, pero que debido a su contrato no podía marcharse. Durante casi media hora lloró sobre mi hombro... me senté allí junto a él con lágrimas en los ojos. Reuní a los miembros de su tripulación, y celebré un servicio de oración como memorial conmemorativo por el hermano fallecido.

Durante cada uno de estos encuentros, comprendí que al estar en el Puerto, Dios me utilizaría para recordar, a todos los marinos, Su presencia y Su amor duradero.

“El que crea en mí”, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva”. Juan 7, 38

Cuando me ordenaron en junio de 1994, me encomendaron el Ministerio Pastoral del Puerto de Toronto, y la parroquia *Corazón Inmaculado de María* era mi base litúrgica. La primera cosa que hice fue formar un equipo de voluntarios que me pudiese ayudar en el Puerto. Como diáconos, nos enseñaron que no podemos hacerlo todo, pero sí podemos ser el catalizador para hacerlo todo.

Delia cambió su horario de trabajo reduciéndolo a cuatro días por semana, así podría estar conmigo en el Puerto todos los lunes. Y cada vez que predicaba en mi Parroquia y hablaba sobre mi labor pastoral, los Parroquianos me daban todo su apoyo. Esto me ha permitido formar un Equipo Pastoral, que está compuesto por 10 parejas, toda mi familia y el coro de la iglesia.

Nuestro equipo estaba obteniendo buenos resultados con los marinos, y noté que se abrían fácilmente y discutían con nosotros sus problemas familiares, pues sabían que nos podían contar todo aquello que estaba en sus mentes, y se sentían lo suficientemente cómodos para pedirnos ayuda para encontrar a Dios en sus vidas.

Durante este tiempo, mis esfuerzos se concentraron únicamente en el Puerto de Toronto, y no fue hasta la Conferencia del NAMMA (Asociación del Ministerio Marítimo norteamericano) celebrada en Toronto en 1995, que aprendí y entendí que esta importante labor también se realiza a nivel mundial. Recuerdo lo maravilloso que fue sentir que cada pequeña cosa que hacíamos, cada gesto de bondad, cada momento de compartir el amor de Dios con los marinos, se fortificaba y se repetía en otra parte de Canadá y del mundo.

Parte de mi formación permanente como Diácono consistió en participar en el mayor número de conferencias posibles, en las que adquirí una mayor comprensión e ideas sobre cómo mejorar nuestros servicios en el Puerto de Toronto. Las consultaciones y el compartir experiencias con otros Capellanes se convirtieron en un punto de fuerza y una fuente de aprendizaje sobre el ministerio pastoral.

El XX Congreso Mundial del A.M. celebrado en Davao City, Islas Filipinas, en 1997, fue una revelación para mí. Allí conocí y me reuní con 300 participantes de 54 países, todos ellos activamente comprometidos con el Ministerio Pastoral del Puerto. Las ponencias, las homilías, los talleres y las discusiones fueron muy importantes, porque nos permitieron reflexionar sobre las diferentes formas de ofrecer a los marinos cuidado pastoral con un mayor provecho, sea en el mar como en los puertos.

El que no la conoce y hace cosas dignas de azotes, recibirá pocos; a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más. Lucas 12, 48

Como todos sabrán, el alcance de mi responsabilidad ha aumentado con el pasar de los años. Acepté el encargo de Director Nacional del Apostolado del Mar de Canadá, después de haber servido como Capellán del Puerto en el Puerto de Toronto durante 10 años. Creo que ésta fue otra llamada de Dios. El cargo abrió un horizonte, extenso y nuevo, para la labor del ministerio pastoral... puesto que esta vez, no sólo atendía a los marinos, sino también a aquellos que se preocupan por los marinos.

Recuerdo que en el seminario me enseñaron algo básico – que los Diáconos no deben centrar su labor en la parroquia, sino que su enfoque debe ser “extra-parroquial” – se supone que deben atender a las necesidades sistemáticas y estructurales de toda la comunidad, región y diócesis. Y también, que los Diáconos no están ordenados para ser ministros de la parroquia, sino para ser ministros diocesanos.

Comprendí que en algunas diócesis, incluso aquellas con puertos muy activos, el Apostolado del Mar era considerado sólo una cuestión externa y la menor de entre todas sus prioridades. Era esencial que cada Iglesia local fuese consciente de la existencia de dicho ministerio pastoral... y para que este ministerio pudiese crecer, necesitábamos la ayuda y el apoyo de la comunidad local.

Y es por eso que he publicado una nueva revista trimestral llamada ‘La Estrella de la Mañana’. La revista atestigua la presencia y la actividad de Dios en el Ministerio Pastoral Marítimo en Canadá. El nombre de la revista no fue inspirado por nadie más que por la Virgen Bendita, Stella Maris, que trajo Cristo al mundo en respuesta a la llamada de Dios. Durante años, capellanes, voluntarios y marinos han colaborado con la revista... dando testimonio e inspirando a marinos y compañeros capellanes a través de los mares y continentes.

El progreso tecnológico ha sido muy útil. He podido comunicar regularmente y mantener conversaciones con los capellanes y su personal. Y por ello ha sido creado y presentado un sitio Web para que todos pudiesen estar al corriente de lo que sucedía en cada Puerto canadiense. El acento se puso en los actos de caridad que cada Puerto facilita.

Otra cuestión, para mejorar la calidad de nuestro servicio, durante mis visitas al puerto he dirigido la formación del Cuidado Pastoral y un taller para voluntarios. En estos talleres, y a través de conversaciones con los capellanes, he subrayado continuamente la necesidad de contar con una fuerte presencia pastoral en el Puerto de su responsabilidad, y la necesidad de desarrollar una buena relación ecuménica con los Capellanes de diferente Fe cristiana.

Sé que gracias a la enorme respuesta y al apoyo de la Conferencia Episcopal canadiense (CCCB), nuestros esfuerzos son visibles, y se les presta la atención debida.

Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que le envía. Juan 1, 13-16

Mi historia, en su totalidad, no es extraordinaria. Son muchos los que han sido llamados a emigrar a una tierra extranjera, llamados a una vocación y llamados a realizar una importante labor en el ministerio pastoral. Sin embargo, al reflexionar sobre mi viaje, no puedo más que alegrarme al ver que las manos de Dios están presentes y actúan en cada etapa de mi vida – moldeándome y utilizándome para llevar Su mensaje de amor, fidelidad y esperanza, sobre todo, a los marinos.

En mi opinión, cada parte de mi vida y ministerio pastoral - mi matrimonio, mi vida familiar, mi trabajo, mi relación con otras personas, contribuyen al delicado poder de un Diácono, al ser éste imagen y semejanza de Cristo. El ser bendecido con la oportunidad de atender a los marinos, me ha permitido crecer y desarrollar mi corazón de diácono; me ha permitido proclamar la palabra de Dios y llevar la luz de Cristo a la gente del Mar; de la misma manera, me ha permitido contemplar el rostro de Cristo en cada marino que sirvo.

A pesar de que el tiempo vivido con cada marino es limitado, mi oración es que puedan partir con la seguridad en sus corazones que Cristo está y siempre ha estado con ellos en sus viajes... y que quizás también ellos puedan compartir, con sus colaboradores y amigos, este mismo conocimiento consolador de la presencia y del amor de Dios.

¡Qué Dios les bendiga!